Fecha de recepción: 18-9-2018
Fecha de aceptación: 29-10-2018

Link para este artículo: http://dx.doi.org/10.14198/ALEUA.2019.31.14

Puede citar este artículo como:
Moreno Alcaraz, Rosa, «La huella de Larra en la Argentina romántica», *Anales de Literatura Española*, n.º 31 (2019), pp. 229-246.

LA HUELLA DE LARRA EN LA ARGENTINA ROMÁNTICA

Rosa Moreno Alcaraz
Universidad de Alicante

Resumen

El siglo XIX supone un momento determinante en la configuración del país argentino: las luchas políticas y culturales dadas anhelarán, en última instancia, la construcción de una nación libre íntegramente. En esta línea, emergen unos combatientes singulares que emplearán un arma inusual en semejante lucha: la Generación del 37 argentina, compuesta por jóvenes bonaerenses que buscan la configuración de una nación autónoma y que empuñará su pluma para publicar textos cuyo objetivo será la educación popular en aras de la independencia. No obstante, pese a la originalidad de tales obras, este estudio se propone analizar la huella que el español Mariano José de Larra habría legado a este grupo y, por tanto, a la literatura romántica argentina decimonónica.

Palabras clave: Periodismo, Generación del 37, Literatura, Larra, Argentina, Romanticismo.

Abstract

The nineteenth century is a defining moment in the configuration of the Argentine country: the successive political and cultural struggles given in the territory will ultimately crave the construction of a free country in its entirety. In this line, some unique fighters emerge who will use an unusual weapon in such a struggle: the Generation of 37, composed of Buenos Aires young people who yearn for the configuration of an autonomous and educated nation, will wield their pen to give rise to textual creations that seek popular education for the sake of independence. However, despite the originality of such literary works, this study aims to analyze the footprint that the Spanish journalist Mariano José de Larra would have bequeathed to the youth of Buenos Aires and, therefore, to the nineteenth-century Argentine romantic literature.

Keywords: Journalism, Generation of 37, literature, Larra, Argentina, Romanticism.

El momento histórico en que se insertan los personajes que protagonizarán el estudio desarrollado en las páginas que siguen constituye una época convulsa, de grandes cambios, de inestabilidad política y social y luchas internas decisivas en cuanto a la configuración de los países a los que se referirá este trabajo. Es decir, el siglo XIX, tiempo en que la Generación del 37, por un lado, en Argentina, y Mariano José de Larra, por otro, en España, supone una época que condicionará fuertemente la cultura nacional y, por tanto, la escritura, en tanto que se producen acontecimientos que difícilmente podrían ser desatendidos por autores comprometidos con el entorno, tal como sucede en el caso de los literatos citados.

En esta dirección, Argentina, que durante un largo periodo de tiempo había sido sometida al poder del régimen colonial español, despierta de su adormecimiento a consecuencia de las invasiones británicas que se producen a inicios del siglo XIX, y es en este momento cuando, al lograr la victoria contra el asaltante foráneo sin el apoyo de España, advierte su capacidad para defender y gobernar el territorio *per se*.

Numerosos acontecimientos posteriores conducirán esta nación hacia la autonomía política proclamada en 1816[1]. No obstante, la construcción de un país posterior a la independencia argentina se reveló compleja: un territorio que desconoce la libertad, que ignora la forma de proceder de manera autónoma, en tanto que había permanecido durante un largo periodo temporal sometido a la voluntad de otra potencia, difícilmente lograría abordar semejante estado con éxito. Argentina ignoraba el *modus operandi* de un país independiente, emancipado, de manera que sus ciudadanos inician nuevas luchas internas relacionadas con la forma de poder adecuada para esta flamante nación. De hecho, se produce un enfrentamiento entre unitarios y federales que, al fin, desemboca en una situación anárquica e inestable. Semejante coyuntura, por tanto, conduce al país a anhelar el orden colonial perdido con la declaración de la autonomía patria en 1816 (Gelman, 2000: 23).

Juan Manuel de Rosas, en semejantes circunstancias, irrumpe en la escena porteña decimonónica erigiéndose ante el pueblo como el hombre apto para abordar los cambios precisos con el objeto de concluir con el citado periodo anárquico y, por tanto, para reestablecer la paz en el territorio rioplatense. En esta dirección, el flamante gobernador instaura un régimen absolutista con el fin de, según afirmaba en un primer momento, devolver la paz y el orden al país porteño.

1. Para un estudio exhaustivo de semejante momento histórico, remitimos a la obra íntegra de Acevedo, *La independencia de Argentina,* citada en el apartado bibliográfico de este mismo trabajo.

Es en este contexto en el que se desarrollan las personalidades bonaerenses en torno a las que versa este estudio. Alrededor de 1810, con el clamor de las primeras revueltas que conducirían a Argentina hacia la liberación política, nacen los integrantes de la futura Generación rioplatense de 1837 señalada en líneas previas: hombres como Miguel Cané, Esteban Echeverría, Vicente Fidel López, Juan María Gutiérrez o Juan Bautista Alberdi, entre otros, integrarán las filas de esta particular tropa que batallará, luego, contra el atraso y la sumisión nacional. Frente a la situación nacional dada después de la declaración de la autonomía argentina, determinan congregarse en el Salón literario de Marcos Sastre[2] para conformar, apoyándose en la razón, una alternativa a las luchas internas motivadas a consecuencia de la mentada indecisión en cuanto a la forma de gobierno óptima a abordar en la recién nacida nación rioplatense[3] y, más tarde, para superar el régimen tiránico impuesto por Juan Manuel de Rosas[4] gracias a la educación del pueblo porteño decimonónico. Se trata, por tanto, de la conclusión de la labor emprendida por los revolucionarios de 1810, que iniciaron el movimiento que, al fin, conduciría a la emancipación argentina.

En esta línea, Juan Bautista Alberdi había señalado en su *Fragmento preliminar al estudio del Derecho,* publicado en 1837, la necesidad de una «conquista inteligente» (Alberdi, 1886: 113) en el país; la precisa revolución ideológica que, al fin, condujese a la libertad cultural y, por ende, íntegra, de la recién emancipada nación argentina:

> Nuestros padres nos dieron una independencia material: a nosotros nos toca la conquista de una forma de civilización propia, la conquista del genio americano. Dos cadenas nos ataban a la Europa: una material que tronó; la otra inteligente que vive aún. Nuestros padres rompieron la una por la espada: nosotros romperemos la otra por el pensamiento. […] Pasó la época homérica, la época heroica de nuestra revolución. El pensamiento es llamado a obrar hoy por el orden necesario de las cosas […] Una sien de la patria lleva ya los

2. Weinberg señala que la prensa argentina decimonónica no da noticia de tal inauguración, por lo que se ha convenido el 23 de junio de 1837 como fecha de comienzo, a consecuencia de los testimonios que analiza el mismo investigador (1977: 45).
3. Nos referimos, tal como se ha mencionado anteriormente en este estudio, a las luchas dadas entre aquellos a quienes se les denominó unitarios, partidarios, en líneas generales, de otorgar el poder de Argentina a un gobierno central sito en Buenos Aires, y los federales que, por el contrario, apoyaban que cada una de las provincias integrantes del Río de la Plata ostentase su propio gobierno. Así, «enfrentadas desde los comienzos mismos de la revolución de Mayo, una y otra corriente se había esterilizado en un confuso forcejeo, hasta que arrojaron al flamante país en las puertas de la anarquía» (AA. VV., 1959: 13).
4. En torno al régimen de Juan Manuel de Rosas, remitimos a las obras de Gabriel di Meglio, señalada en la bibliografía de este estudio, por un lado, y a textos tales como el publicado por Fanlo en la *Revista Contratiempos*, por otro lado.

> laureles de la guerra; la otra sien pide ahora los laureles del genio (Alberdi, 1886: 113).

Así pues, tal como asevera Esteban Echeverría, las ciudades porteñas mudan su carácter: superan el servilismo político gracias a la tarea revolucionaria de 1810, para llegar, al fin, a la soberanía nacional. La democracia, según el mismo autor, impregnó el ámbito porteño, se convirtió en el móvil y organizador social (Echeverría, 1915: 1-14), por lo que la labor de los jóvenes sucesores de aquellos revolucionarios de principios de siglo supondría la conclusión de la misma mediante la razón[5]. Considerando semejante propósito, el mismo Esteban Echeverría, que había marchado a Francia con el fin de abordar sus estudios, regresa hacia 1830 a Argentina, portando consigo las doctrinas en boga en la Europa del siglo XIX, de suerte que el movimiento romántico llega al suelo hispanoamericano.

No obstante, frente a la «evasión romántica» que, según Roggiano (1975: 74) observaron en algunas obras del Romanticismo europeo decimonónico, el individualismo y la localización espacio-temporal en lugares lejanos y momentos remotos, en el Río de la Plata la Generación romántica del 37 se enfrentará a la coyuntura en que se halla inserta a través de las producciones literarias a las que dará lugar: «el presente no es inalienable, sino un error histórico, un mal que se reconoce como temporáneo y que hay que corregir. No lo evaden, sino que lo asumen como necesidad vital» (Roggiano, 1974:74).

Es, por tanto, evidente el influjo que ejercen en la citada Generación autores como Lerminier, Jouffroy, Leroux o Rousseau, entre otros pensadores europeos adoptados como guías en la tarea de regeneración que pretenden mediante la producción literaria a la que dan lugar estos periodistas. No obstante, destaca, sobre todo, en la citada nómina de fuentes de consulta, la huella que lega Mariano José de Larra, el célebre periodista español decimonónico, a esta asociación. *Fígaro,* en la España del siglo XIX, se desenvuelve en un contexto que despunta en cuanto a la restricción de libertades individuales impuesta

5. «Antes de Mayo el pueblo era vasallo, después de Mayo fue soberano [...] El principio de la Democracia [...] entró desde entonces a ser el nuevo móvil y regulador social. Pero ese principio o nueva fuerza motriz, para obrar de un modo eficaz y regular, debió haberse de antemano incorporado en la educación, en nuestras costumbres, en la inteligencia de todos, y esto no sucedió porque era imposible, porque un pueblo no se transforma de un soplo, no cambia de hábitos, de modo de ver y de sentir, sino después de una larga y laboriosa educación. Cierto es que el principio de la Democracia, inaugurado en Mayo, apareció desde luego consignado en algunas de las instituciones revolucionarias, pero esas instituciones no fueron comprendidas ni se arraigaron, y por consiguiente poca o ninguna influencia tuvieron para regenerar moralmente la sociedad, y prepararla al régimen democrático» (Echeverría, 1873: 209).

por el poder de Fernando VII, así como en relación con la incultura dada en el pueblo que, consecuentemente, favorece semejante forma de gobierno. De este modo, el autor apunta con sus publicaciones contra semejante decadencia y la combate mediante la redacción de textos divulgados a través de la prensa periódica de su tiempo. Se trata, en definitiva, de un proceso de educación de masas con el que, estima, conduciría al país hacia la plenitud, hacia el engrandecimiento social, político y cultural y, en última instancia, hacia la verdadera libertad española[6]. Tal como señala en uno de sus artículos:

> [...] esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura nueva, expresión de la sociedad nueva que componemos, toda de verdad, como de verdad es nuestra sociedad, sin más reglas que esa verdad misma, sin más maestro que la naturaleza, joven, en fin, como la España que constituimos. [...] He aquí la divisa de la época, [...] en nuestros juicios críticos preguntaremos a un libro: «¿Nos enseñas algo? ¿Nos eres la expresión del progreso humano? ¿Nos eres útil? Pues eres bueno» [...] Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circunstancias, que concede todo a la expresión y nada a la idea, sino una literatura hija de la experiencia[7] (Larra, 2007: I, 211-212).

La Generación del 37, por su lado, había mostrado abiertamente el rechazo que profesaba con respecto a la cultura española de forma reiterada. Estimaba que Argentina había sido liberada desde el punto de vista político, material, por tanto, según se ha advertido previamente, pero no en lo que respecta a su ser, de modo que la esclavitud en el mismo país se prolongaría a consecuencia de la perpetuación de las costumbres heredadas de la época colonial. De este modo, la Generación del 37 se posiciona abiertamente contra la cultura española y la

6. «El pueblo, para vivir en democracia, antes debe aprender a ser democrático; por eso es absolutamente necesario que se eduque a la niñez y a la juventud en los principios que sustentan esta forma de vida [...] Una educación para la democracia, debe ser lo más alejada posible de una educación libresca y autoritaria. Debe ser una educación capaz de sustituir un sistema de ideas y hábitos; para ser efectiva debe atender no solo a las ideas, sino también a la vida práctica, a las costumbres de la sociedad» (Piossek de Zucchi, 1986: 214).

7. «Diametralmente opuesto a la filosofía del "arte por el arte", Larra entendía que la literatura servía como un importante barómetro del progreso social. Como expresión de una sociedad en particular, debía ser dinámica, capaz de cambio, y tenía que permanecer estrechamente concordante con el ritmo, que fluctuaba, de esa sociedad. En orden a conseguir que el artista creador reflejase con exactitud el carácter específico de su tiempo, resultaba imperativo, según *Fígaro*, que se le permitiese trabajar sin el estorbo de unas normas globalmente restrictivas y preceptos literarios de esta índole. En realidad, las mismas libertades concedidas al individuo en otras áreas, debían serle igualmente permitidas al escritor» (Servodidio, 1976: 126).

prolongación de la misma en un país recién nacido como el propio: España es símbolo de esclavitud; España es el país que había sometido al Río de la Plata a su voluntad por la fuerza, de manera que era precisa la ruptura de las cadenas culturales que unían ambos territorios para, luego, obtener la emancipación íntegra del enclave hispanoamericano[8].

Esteban Echeverría señala que esta labor se adoptaba como «legítima herencia las tradiciones progresivas de la revolución de Mayo con la mira de perfeccionarlas o complementarlas» (1915: 40), mientras que Juan Bautista Alberdi, en su ya mencionado *Fragmento preliminar al estudio del Derecho* apuntaría:

> Nuestros padres nos dieron una independencia material: a nosotros nos toca la conquista de una forma de civilización propia, la conquista del genio americano. Dos cadenas nos ataban a la Europa: una material que tronó; otra inteligente que vive aún. Nuestros padres rompieron la una por la espada: nosotros romperemos la otra por el pensamiento. Esta nueva conquista deberá consumar nuestra emancipación. […] Pasó la época homérica, la época heroica de nuestra revolución. El pensamiento es llamado a obrar hoy por el orden necesario de las cosas […] Tendremos héroes, pero saldrán del seno de la filosofía. Una sien de la patria lleva ya los laureles de la guerra; la otra sien pide ahora los laureles del genio. La inteligencia americana quiere también su Bolívar, su San Martín (Alberdi, 1886: 113).

La misión, por tanto, de estos jóvenes consiste en la liberación cultural de Argentina, la conformación de un pensamiento y una cultura propiamente rioplatense y, paralelamente, alejada de la tradición colonial peninsular para, al fin, obtener la emancipación íntegra[9]. De esta suerte, los miembros del Salón literario de Marcos Sastre crean el primer periódico a partir del que buscan

8. En el discurso que los miembros de la Generación del 37 pronuncian para la apertura del Salón literario de Marcos Sastre, manifiestan: «[…] en mayo de 1810 comenzamos nuestro desarrollo; pero es cierto también que lo comenzamos mal. Lo comenzamos sin deliberación; lo hemos seguido sin conciencia: nosotros no nos hemos movido; hemos sido movidos por la impulsión *fatal* de otras cosas más grandes que las nuestras. […] es tiempo pues de interrogar a la filosofía la senda que la Nación Argentina tiene designada para caminar al fin común de la humanidad. Es pues del pensamiento, y no de la acción material, que debemos esperar lo que nos falta. La fuerza material rompió las cadenas que nos tenían estacionarios, y nos dio movimiento: que la filosofía nos designe ahora la ruta en que deba operarse este movimiento» (Alberdi, 1886: 265). La tarea, pues, que se encomienda a esta agrupación de jóvenes consistirá en la conclusión de la labor iniciada por los revolucionarios de 1810: unos habían usado la fuerza para obtener la liberación política con respecto a España; ahora los jóvenes consagrarían su inteligencia a la independencia del ser nacional para dar, en última instancia, con un país íntegramente autónomo.
9. El mismo Juan Bautista Alberdi había publicado *Contestación al Voto de América,* en 1835. En esta obra de tan solo veinte páginas, a modo de respuesta al *Voto de América*, de Rivera Indarte, ya se expresa abiertamente en relación con la necesaria liberación de Argentina

esa modificación de la esencia de la masa y, en última instancia, la liberación del país argentino: *La Moda*[10]. Esta publicación surge como una herramienta a partir de la que se anhela educar a la sociedad, instruir al pueblo en aras al progreso y, en última instancia, la citada tarea de conclusión de la emancipación iniciada a principios de siglo.

Así pues, disfrazadas de una aparente inocencia, en tanto que, a priori, el periódico abordaría temas triviales como tendencias textiles en boga en el siglo XIX, o bien novedades relacionadas con la música o la literatura[11], se hallarían mensajes dotados de contenido ilustrativo dirigido hacia esa meta educativa señalada previamente. Un país instruido, en definitiva, estimaban estos jóvenes, supondría una nación indoblegable en relación con cualquier forma de esclavitud[12], y en esa dirección son concebidos los textos que compondrían la publicación señalada.

De este modo, considerando los objetivos que se proponen estos jóvenes, a pesar del confeso *antiespañolismo* profesado por dicha generación bonaerense, en tanto que la Península supondría para la misma un símbolo de sometimiento, de retroceso a una época desfasada, a un periodo de sometimiento y servidumbre, en *La Moda* se observa, tal como hemos adelantado en páginas previas, una incuestionable influencia que emerge de este territorio: Mariano José de Larra, a quien la Generación del 37 adopta como una fuente básica a la que recurrir en busca de ideas para las composiciones en que depositan sus esperanzas de consumar la liberación de la patria de manera íntegra[13]. La obra

con respecto a la Península, por un lado, y con la decadente situación dada en este último enclave, por otro (Alberdi, 1886: 77-81).

10. *La Moda. Gacetín Semanal de música, de poesia, de literatura, de costumbres* (1837-1838).

11. Las palabras que preceden esta publicación señalan: «Este papel contendrá: 1. Noticias continuas del estado y movimientos de la moda [...] en trajes de hombres y señoras, en géneros, en colores, en peinados, en muebles, en calzados, en puntos de concurrencia pública, en asuntos de conversación general. [...] / 2. Nociones claras y breves, sin metafísica, al alcance de todos, sobre literatura moderna [...] / 3. Nociones simples y sanas de una urbanidad democrática y noble en el baile, en la mesa, en las visitas, en los espectáculos [...]» (Alberdi, 2011: 27).

12. «Un pueblo ignorante no es libre porque no puede: un pueblo ilustrado no es libre porque no quiere. La inteligencia es la fuente de la libertad: la inteligencia emancipa los pueblos y los hombres […] Los pueblos ciegos no son pueblos, porque no es pueblo todo montón de hombres, como no es ciudadano de una nación todo individuo de su seno […] La soberanía, pues, pertenece a la inteligencia. El pueblo es soberano cuando es inteligente […] la forma de gobierno es una cosa normal, un resultado fatal de la respectiva situación moral e intelectual de un pueblo […] no está en que un pueblo diga –quiero ser república– sino que es menester que sea capaz de serlo» (Alberdi, 1886: 113).

13. Juan Bautista Alberdi había aludido a Larra en el ya citado *Fragmento preliminar al estudio del Derecho* como sigue: «que Larra abdique de la sátira, y quedará un escritor mediocre. Sin duda es la España la que ha producido estos dos genios; pero los ha

periodística elaborada por *Fígaro* en España, se revelaría como el programa óptimo a aplicar en un país como el argentino, que busca su identidad y se encuentra en un proceso de conformación. De esta suerte, la Generación porteña del 37 se acoge a las ideas impresas por *Fígaro* en cuanto a la literatura y su función, y las adapta al contexto argentino para dar lugar, luego, a textos enteramente originales que anhelan el progreso nacional.

Fígaro, pues, considerando el contexto en que se inserta, combate a favor de la renovación de las humanidades en su país para, según hemos apuntado previamente, de esta manera configurar una literatura acorde con el momento en que se ubica, por una parte, y con la sociedad a la que se dirige, por otro lado. La literatura, por tanto, en esta dirección, versaría en torno al aquí y al ahora que lo abraza: el país se halla en un momento complejo, de cambios que requieren la atención de los humanistas y hombres ilustrados, así como su labor con el fin de guiar al mismo hacia la prosperidad. De esta suerte, el literato constituiría una especie de soldado garante de esa evolución, un faro que conduciría a la sociedad mediante la luz de la educación hacia esa prosperidad anhelada. Las letras, en definitiva, suponen el manifiesto de la realidad, «un importante barómetro del progreso social. Como expresión de una sociedad en particular, debía ser dinámica, capaz de cambio, y tenía que permanecer estrechamente concordante con el ritmo, que fluctuaba, de esa sociedad» (Servodidio, 1976: 126). Así pues, la literatura, según el mismo Mariano José de Larra señala en las líneas que siguen, motivaría el cambio social con el fin de lograr la prosperidad española:

> Emitir nuestras ideas tales cuales se nos ocurran […] para divertir al público […] porque en cuanto a aquello de instruirle, […] ni tenemos la presunción de creer saber más que él ni estamos muy seguros de que él lea con este objeto cuando lee. […] A nadie se ofenderá, a lo menos a sabiendas […] si algunas caricaturas por casualidad se pareciesen a alguien, en lugar de corregir nosotros el retrato, aconsejamos al original que se corrija: en su mano estará, pues, que deje de parecérsele […] nuestra sátira no será nunca personal (Larra, 2007: I, 241).

En consonancia con las ideas señaladas en torno a la producción de Mariano José de Larra, la Generación del 37 busca regenerar el país que la abraza: Argentina, según hemos señalado anteriormente, se encontraba en un momento

producido por sus defectos, no por sus luces. Si la España no hubiese sido ridícula, no hubiese habido Cervantes. Si la España no fuera hoy ignorante, no existiera Larra […] Larra debe a la España su Fígaro, como yo la debo estas páginas» (Alberdi, 1886: 252). Más tarde, varía su parecer y adopta a *Fígaro* como una referencia indiscutible en la elaboración de sus escritos.

de cambio, de modificaciones que la conducirían a la construcción de un país nuevo, alejado del pasado colonial que lo había sometido a un poder extranjero. En tales circunstancias, la literatura supondría el faro que guiaría al pueblo en ese proceso de ascensión hacia un estado superior, hacia la libertad. *La Moda*[14], pues, constituye la materialización del proyecto de instrucción social que se estima preciso en cuanto a la evolución de Buenos Aires, tal como se expone en el párrafo siguiente en torno a la obra que Juan Bautista Alberdi configuró para el mismo semanario:

> Quería *Figarillo* un arte útil al hombre, ni detenido ni demorado en sutiles vericuetos sin destino visible. Pedía que el fondo del hecho artístico estuviera en estrecha y armónica intimidad con el fin de la sociedad [...]. Estas ideas [...] se enriquecen con estas otras: el escritor estará totalmente asociado a su tiempo, asociando su corazón y su inteligencia a los grandes y trascendentales acontecimientos [...] poesía solitaria y egoísta que expresara sentimientos individuales desconectados de lo social no es la suya ni la quiere para su patria, la califica de pueril y frívola en su fondo y la suntuosidad de sus galas[15] (Alberdi, 1964: 11).

La Generación del 37, así pues, adopta el programa de regeneración del ser popular de Mariano José de Larra y lo adapta a su país: se busca la educación del pueblo argentino a través de la literatura con el fin de la mentada liberación nacional. En esta dirección, los artículos del periódico porteño *La Moda* abordan la censura, aunque disfrazada de ironía y aparente burla, de la literatura, las costumbres, la sociedad e incluso la política del momento para que, en última instancia, se obtenga esa meta libertadora señalada en las líneas inmediatamente anteriores. Como *Fígaro*, este grupo de jóvenes bonaerenses anhela la regeneración de la esencia popular, pues, tal como Juan Bautista Alberdi había señalado en uno de los artículos que publica en *La Moda*, «la libertad reside en las costumbres de los pueblos, y no en los códigos escritos»[16] (1886: 355).

14. Piossek señala que Alberdi y Corvalán habrían emprendido, poco antes, la escritura de otra publicación, *El Semanario de Buenos Ayres* [*sic*]. No obstante, únicamente habría aparecido el prospecto de este periódico (1986: 161).
15. En esta línea, el profesor Rubio señala en cuanto a la obra de Larra: «Larra siente un tremendo dolor por España, dolor consecuente que le lleva a analizar los males que aquejan a su patria […] Su crítica nace de un profundo amor a su patria […] Tal vez esto contrastara con la voz de aquellas personas que utilizaban este sentimiento como sinónimo de alabanza por todo lo que fuera español, se tratara o no de oscurantismo, de costumbres soeces, de conceptos inequívocos» (Larra, 2001: 38-39).
16. En la misma creación continúa como sigue en cuanto a la necesaria modificación del ser del pueblo en aras al progreso: «Una carta constitucional que declarase hoy esclava a la Inglaterra sería tan nula como otra que declarase libre a la España; porque la libertad de Inglaterra vive en sus costumbres, como la esclavitud española vive en las costumbres

Una literatura de compromiso, por tanto, de su aquí y su ahora; una labor literaria que abandona el sentimiento del que escribe para, al fin, abordar cuestiones de interés general, tal como había sucedido con *Fígaro*, según hemos visto previamente, y sus textos periodísticos en España. Asistimos, en conclusión, al nacimiento en Argentina de un arte socialista que, asentando sus bases en pensadores y literatos como los citados hasta el momento, pretende la conformación de un país nuevo, alejado del pasado colonial que lo había oprimido hasta el momento de su liberación material en 1816 (v. Batticuore, 2006: 164).

No obstante, de entre los integrantes de la Generación porteña del 37 despunta sobre todo, en cuanto a la admiración por la obra de Mariano José de Larra, Juan Bautista Alberdi, que incluso adopta el seudónimo *Figarillo*, un evidente diminutivo del *Fígaro* usado por Larra en España, con el fin de rubricar sus textos. Según ya hemos adelantado, en la obra inmediatamente anterior a *La Moda*, Alberdi señala a Larra como un autor regular, intrascendente si no se considera la sátira a la que da lugar gracias al estado en que se encuentra la Península en el siglo XIX (cfr. Alberdi, 1886: 252). Sin embargo, en noviembre de 1837, meses más tarde de la trágica muerte del periodista español, cuando el periódico *La Moda* ve la luz, el tucumano se declara *hijo* de Larra, el continuador de su obra en Hispanoamérica, tal como él mismo declara en el artículo «Mi nombre y mi plan»:

> Me llamo *Figarillo*, y no otra cosa, porque soy hijo de *Fígaro*, es decir, soy un resultado suyo, una imitación suya, de modo que si no hubiese habido *Fígaro*, tampoco habría *Figarillo*: yo soy el último artículo, por decirlo así, la obra póstuma de Larra […] Que haya tomado para distinguirme una modificación del nombre del genio que me ha dado el ser, lejos de ser un acto de extrañeza, lo es más bien de gratitud (Alberdi, 1886: 289).

De este modo, los artículos de *Figarillo* para su publicación en el periódico *La Moda*, así como los que configurará más tarde, en el exilio, para otros periódicos en que colabora, asientan su base en el esquema del cuadro de costumbres elaborado por Larra en la nación española a lo largo de su existencia: el objeto de la creación literaria es la censura de los vicios que encuentra en la sociedad que lo envuelve para movilizar, finalmente, a la masa y generar el progreso hacia un estado superior, como hemos adelantado al referirnos a la labor abordada por la Generación de la que forma parte el doctor Alberdi. Asimismo, con la misma finalidad renovadora, apunta con sus dardos satíricos contra la literatura

españolas. Quien dice costumbres dice ideas, caracteres creencias, habitudes» (Alberdi, 1886: 355).

decimonónica, por una parte, que prolongase la estela de las letras españolas, y la sociedad y las costumbres argentinas, por otra, que impedían la evolución hacia la prosperidad nacional tras la independencia política firmada en 1816, en tanto que se hallarían sujetas todavía al dominio colonial español.

Los textos periodísticos, de esta manera, anhelan esa citada revolución de la esencia popular para que, en última instancia, la libertad surja del mismo ser popular[17]. De esta suerte, *Figarillo* critica mediante sus escritos las trabas, como hemos señalado, que observa en la sociedad y juzga contrarias al programa evolutivo que pretende en su país con el fin de que el pueblo, a quien dirige sus composiciones literarias, identifique semejantes vicios y los modifique en aras al progreso hacia un estado superior[18]. Ejemplo de ello supondría el texto «Peinados», en que Alberdi, a propósito de abordar las modas relacionadas con los peinados de su tiempo, señala:

> La moda participa entre nosotros de la indecisión que afecta todas nuestras cosas sociales. No tenemos modas dominantes, como no tenemos ideas, ni costumbres dominantes. Entre tanto, es menester caminar a la homogeneidad; y como para llegar a un punto común es indispensable también partir de un punto común, bueno es entenderse sobre este punto común de arranque. El faro, digámoslo así, sobre el cual deben clavar sus ojos, para escapar del caos de antítesis que nos envuelve, la legislación, la moralidad, la educación, la ciencia, el arte, lo mismo que la moda, es la democracia (Alberdi, 1886: 276).

Se busca, pues, el arraigo de costumbres que, practicadas por la mayoría popular, definan una nación porteña nueva y que favorezcan, al mismo tiempo, el progreso hacia la libertad del país. Mariano José de Larra, por su lado, ya

17. Oria apunta: «tuvieron del género literario que cultivaban un ideal convergente: el de modificar, no tan solo los usos […] sino el alma, el organismo de la sociedad a la cual pertenecieron» (1936: 32).

18. Esta actitud contemplativa, de aparente alejamiento con respecto al objeto de estudio, ya habría sido profesada por Mariano José de Larra, quien redactaba sus textos a partir de la observación social desde una distancia favorecida por la ilustración del mismo autor. Es evidente semejante proceso contemplativo, por ejemplo, en el texto «El café», como se observa en el párrafo expuesto a continuación: «Este deseo, pues, de saberlo todo me metió no hace dos días en cierto café de esta corte donde suelen acogerse a matar el tiempo y el fastidio dos o tres abogados que no podrían hablar sin sus anteojos puestos, un médico que no podría curar sin su bastón en la mano […] yo, pues, que no pertenecía a ninguno de esos partidos, me senté a la sombra de un sombrero hecho a manera de tejado que llevaba sobre sí con no poco trabajo para mantener el equilibrio, otro loco cuya manía es pasar en Madrid por extranjero; seguro ya de que nadie podría echar de ver mi figura, que por fortuna no es de las más abultadas, pedí un vaso de naranja, aunque veía a todos tomar *ponch* o café, y dijera lo que dijera el mozo, de cuya opinión se me da dos bledos, traté de dar a mi paladar lo que me pedía, subí mi capa hasta los ojos, bajé el ala de mi sombrero, y en esta conformidad me puse en estado de atrapar al vuelo cuanta necedad iba a salir de aquel bullicioso concurso» (Larra, 2007: I, 126).

había expresado esta idea de homogeneización cultural con fines progresistas en artículos publicados previamente, según se observa en el párrafo expuesto a continuación:

> ¿Tiene en el día nuestro pueblo y tienen sus costumbres un carácter fijo y determinado, o tiene cada familia sus costumbres, según la posición que ha ocupado en este medio siglo anterior? Mucho me temo que sea esta la verdad, y que nos hallemos en una de aquellas transiciones en que suele mudar un gran pueblo de ideas, de usos y de costumbres. Paréceme, por otra parte, que esta gran revolución de ideas y esta marcha progresiva se hace solo por secciones (Larra, 2007: I, 666)[19].

Semejante proyecto literario, por tanto, enfrenta a *Fígaro,* por una parte, y a *Figarillo*, por otra, con «rancias costumbres, preocupaciones antiguas hijas de una religión mal entendida y del espíritu represor que ahogó en España, durante siglos enteros, el vuelo de las ideas» (Larra, 2001: 257), así como con la sociedad que se opone a su proyecto renovador y que, por ende, defiende la postergación de tradiciones pasadas y, por último, con un humanismo desfasado, que desatiende al momento en que se inserta y se ubica en tiempos remotos o lugares lejanos, o bien aborda temas irrelevantes en función del momento histórico en que se insertarían.

Del mismo modo, la crítica contra la política dada en el siglo XIX argentino recuerda, indudablemente, a la censura emitida en esta misma línea contra la forma de poder española del mismo momento histórico. Mariano José de Larra se había proclamado contra el despotismo desde bien temprano, de tal modo que el autor analiza la situación política española y, partiendo de los resultados obtenidos mediante ese proceso de contemplación nacional, transmite a sus contemporáneos ideas relacionadas con la citada renovación social y, por ende, patria, a través de la educación, en tanto que lo estima el único medio apto

19. «Un tratado de meras costumbres, podría llegar a ser el tratado más constitucional del mundo, supuesto que en las costumbres de un pueblo es donde verdaderamente reside su constitución política. Es este código vivo lo que nosotros hemos descuidado hasta hoy, mientras nos hemos ocupado de escribir códigos abstractos. Hemos querido siempre empezar por el fin, por el resultado de aquello de que no queremos hacer un sistema nuevo de ideas y de costumbres democráticas. Pero, ¿qué son las costumbres de un pueblo? Nada más que las prácticas habituales de las ideas sociales de ese pueblo. Ocuparse pues de esas ideas y de esas costumbres, investigar las más adecuadas y emprender su propaganda, es hacer más por la constitución de ese pueblo, que pudieran hacer todos los congresos del mundo a ese respecto [...] un sistema nuevo de ideas y de costumbres democráticas. Ocuparse pues de esas ideas y de esas costumbres, investigar las más adecuadas y emprender su propaganda, es hacer más por la constitución de ese pueblo, que pudieran hacer todos los congresos del mundo a este respecto» (Alberdi, 2011: 146).

para lograr la libertad íntegra de España: un pueblo ilustrado supondría, según estimaba, el único remedio contra el absolutismo, contra la imposición del poder mediante la fuerza. En esta dirección, el estudio de la censura emitida por Larra en sus textos constituye «el contraste entre la prosa toda risas de *Fígaro* y su tiempo todo sangre» (Benítez, 1987: 51).

La Generación del 37, por su parte, se había declarado abiertamente contra la esclavitud nacional cultural, por un lado, y política, por otro. De esta manera, en el periódico *La Moda* se opone más al régimen tiránico impuesto por Juan Manuel de Rosas, que al propio dictador, y lo combate mediante los mensajes educativos que emite a través de los textos que imprime para el periódico bonaerense. Como su maestro, *Andrés Niporesas*, los miembros de este grupo estimaban que un pueblo educado supondría el remedio óptimo contra toda dominación, en tanto que la masa educada abordaría un sistema democrático que impediría cualquier forma de esclavitud en el país. En definitiva, confiaban en el poder de la educación contra el sometimiento cultural y político en que se encontraba inserto el país argentino y, por tanto, como el factor básico con el fin de arribar a un futuro nacional próspero. La autonomía, según señala Alberdi en las líneas siguientes, de un país residiría en su manera de vivir, y es en ese sentido se dirigen sus textos, a saber, hacia el asentamiento de las bases de la democracia en el ser nacional, tal como se ha argumentado en páginas previas:

> La libertad inglesa existe en sus costumbres. La esclavitud española existe en sus costumbres. Es tan difícil extinguir una como la otra. […] Quien dice costumbres dice ideas, costumbres, habitudes, usos. La democracia de Norte-América vive en las costumbres de los norteamericanos: no data de ayer [...]. La libertad no es el parto de un decreto, de una convención. Es una facultad, una costumbre, que se desenvuelve por la educación[20] (Alberdi, 1886: 393).

Frente a las luchas políticas abordadas proponen, pues, el autor español, por una parte, y los escritores argentinos, por otra, una «revolución interna, "pedagógica" [...] una revolución que transformara las entrañas de la vieja sociedad» (Zolesí, 1927: 171) española y argentina decimonónicas respectivamente. La libertad, así pues, reside en el pueblo, de forma que únicamente una nación instruida es competente en relación con el logro de la autonomía no solo política, sino de pensamiento y cultural. De esta manera, Domingo Faustino Sarmiento apunta: «sin la mejora de las costumbres, las constituciones

20. En esta dirección, Domingo Faustino Sarmiento, otro miembro de esta misma agrupación de jóvenes porteños, señala: «sin la mejora de las costumbres, las constituciones democráticas son una burla; sin amor por la libertad, las garantías son un nombre vano» (Sarmiento, 1909: 116).

democráticas son una burla; sin amor por la libertad, las garantías son un nombre vano» (Sarmiento, 1909: 116).

Por tanto, en síntesis, sugieren, frente a la situación política experimentada en ambos países, una revolución interna, educativa; una revuelta que transformara las entrañas de la sociedad en que se insertaban respectivamente Mariano José de Larra, por un lado, y la Generación del 37, por otro lado. La libertad, así pues, reside en el pueblo, de forma que la masa educada es competente en relación con el logro de la autonomía no solo política, sino de pensamiento y cultural.

Sin embargo, semejante proyecto emancipador no podía ser abordado, considerando la situación política absolutista en que se insertaban los protagonistas de este estudio, de forma abierta: el absolutismo imperante impedía la expresión con libertad de los literatos, de tal manera que se vuelve precisa la configuración formal del texto, la elaboración de la apariencia del artículo con el fin de que se burlase la censura, por un lado, y se obtuviese la simpatía del pueblo, a quien el contenido textual pretendía movilizar contra la situación descrita. Por tanto, tal como se señala en el párrafo que exponemos a continuación, Larra aboga por una literatura que se incline hacia el mensaje, que emplee los recursos formales con el fin de favorecer la transmisión de contenido, que convierta el mensaje en aprehensible para la masa, a quien se dirige en última instancia; en definitiva, que utilice un lenguaje sencillo y unas herramientas literarias útiles con el fin de transmitir un mensaje renovador de manera clara en aras al progreso del país. No se produce, por tanto, el abandono de la forma del texto, sino que se cultiva con el fin de convertir el texto en una producción atractiva a la par que sencilla y educativa para la masa:

> Sentimiento, intención, es lo que buscamos en el poeta [...] esta imitación de la griega sencillez, es la que distingue sus obras poéticas de las demás de su época: la oscura ampulosidad es una montaña que abruma nuestra poesía; nada más necesario que el que se resuelvan los jóvenes, en fin, a segregar del fruto precioso el lujurioso pámpano que le ahoga. No es la palabra lo sublime; séalo el pensamiento; parta derecho al corazón; apodérese de él, y la palabra lo será también (Larra, 2007: I, 573-574).

De esta suerte, los autores que nos ocupan advierten la relevancia de la forma del texto en su proyecto de regeneración popular y, consecuentemente, crean sus artículos a partir de un amplio repertorio de recursos literarios y lingüísticos: «el escritor costumbrista ha de tener la habilidad de mostrar los defectos de la sociedad, corregirlos y desterrarlos de una vez para siempre» (Larra, 2001: 80) mediante un texto que, por un lado, según hemos advertido, burle

la censura impuesta por el poder y, por otro lado, logre avivar al pueblo sin que se sienta herido por la crítica abordada[21].

Así, se configuran textos literarios que despuntan por el empleo de metáforas, exageraciones, juegos de palabras, adivinanzas o, entre otras herramientas, la configuración de personajes que encarnan los vicios que los autores estiman preciso erradicar de la sociedad con el objeto de prosperar: se crean «caracteres [...] tan generales, que nadie podría decir: –este no soy yo, sin ser un zonzo; ni dejar de serlo tampoco, diciendo: –aquí no hay nada mío» (Alberdi, 1886: 312). El lector, pues, y el contexto que envuelve el texto se convierten, por un lado, en el objeto de estudio de estos militantes, al mismo tiempo que en necesarios cómplices en relación con el proyecto regenerador que se proponen:

> ¿Quién ríe? Y ¿con quién se ríen las gacetas? La respuesta, en gran medida, va a depender del objeto de la risa: si se trata del oponente político o ideológico, solamente podrá reír el partidario, el lector afín a la propuesta editorial particular que se sustenta [...]. En cambio, cuando el que produce el humor es a la vez motivo de la risa misma, el público se amplía: cualquiera puede reír del ridículo aparecido en una situación trivial, cotidiana (Bocco, 2004: 180-181)[22].

Las páginas, así pues, que componen este artículo nos han ubicado en un momento histórico tan significativo como complejo en la historia de Argentina. A lo largo del siglo XIX, el Río de la Plata experimentará modificaciones de tipo social, económico, cultural y político, según se ha señalado anteriormente, de suma importancia en relación con la construcción de la nación: invasiones, combates por la liberación nacional frente a la tradicional dominación peninsular, luchas internas relacionadas con la conformación de una identidad propia, la dictadura de Juan Manuel de Rosas, etc. De esta manera, la Generación del 37, cuya existencia transcurre a lo largo de este inestable periodo histórico, y

21. Martino, en relación con la Generación del 37, señala: «[…] se pronuncian por la utilidad oral y social de la literatura [...] Se trata, en definitiva, de un pronunciamiento contra la concepción de la literatura como un artefacto meramente estético [...] La forma [...] es una de las exterioridades que caracterizan el plano de la expresión de una obra, junto con el estilo y el plan [...] Este aspecto formal, como vimos, no es dejado de lado por los escritores del gacetín al momento de juzgar las obras literarias» (2011: 114-119).

22. En esta dirección, *La Moda* apunta: «*La Moda* no es un plan de hostilidad contra las costumbres actuales de Buenos Aires, como han parecido creerlo algunos. Hija ella misma de las ideas porteñas, no admite por blanco de sus ataques, sino costumbres cuya vejez y tendencias las hace indignas de pertenecer más a Buenos Aires. Es el joven Buenos Aires que se levanta sobre Buenos Aires viejo. Redactores, redacción, ideas, miras, todo es de nuestra patria: ¿por qué pues ofendernos de sus tiros? Somos nosotros mismos los que nos criticamos; no es ningún extranjero: es nuestra sociedad que se critica a sí misma. Si pues sus faltas la humillan, su criterio la levanta. Son más porteñas nuestras críticas que los defectos exóticos y viejos que censuramos» (Alberdi, 1886: 324).

las obras a las que dan lugar, tal como hemos demostrado anteriormente, constituyen un indiscutible resultado de su tiempo: comprometidos con la nación porteña decimonónica, con la situación en que se halla el mismo rioplatense y con su conducción por la senda de la razón hacia el progreso, se entregan a un combate cuya meta no será otra que lograr un país íntegramente libre, autónomo, tanto política como culturalmente.

Fígaro, por su lado, tal como ocurría con sus discípulos del 37 argentino, se hallaría inserto en un contexto peninsular de incultura, de atraso nacional tanto económico, como político y social, anhela la renovación de su país, la configuración de una nación culta, aventajada e íntegramente libre. En esta dirección, emplea el artículo impreso en los periódicos de su tiempo como el arma a través de la que lograr su cometido; confía en la palabra, en las luces de la educación, en la ilustración de las masas como herramienta básica en la renovación nacional que anhela.

En esta dirección, la juventud porteña, pese a haberse declarado abiertamente contraria a la cultura española, estudia la obra del periodista español señalado y, finalmente, la toma como fuente de inspiración: el proyecto ideado por *Andrés Niporesas* mediante su producción literaria se ajustaría de manera inmejorable a las necesidades, según hemos comprobado previamente, de Argentina en el siglo XIX, de tal manera que *Fígaro* se erige como guía del citado grupo y la literatura porteña se transforma, como en España, en un arma contra el atraso y, por ende, contra la esclavitud; en una pintura satírica, a veces incluso triste, de la sociedad a la que se dirige en última instancia la misma producción literaria. Artículos, por tanto, que versan, como hemos visto en las páginas que preceden, en torno a literatura, costumbres, sociedad y política argentina decimonónica, componen el periódico bonaerense *La Moda*, la publicación con que inician el combate que habría de culminar la liberación emprendida por los revolucionarios de 1810.

El atormentado *Fígaro*, en conclusión, constituye una guía para la Generación porteña de 1837, un faro que guiaría a sus integrantes en la batalla cultural que lideran; *Fígaro* es «algo así como esos utensilios o recipientes de cocina que las dueñas de casa comparten [...], en calidad de préstamo, sin que los ingredientes por ellas empleados, ni el resultado obtenido sean para todas los mismos» (Oria, 1936: 257). Tanto es así que los rastros de Larra son perceptibles incluso en publicaciones posteriores a *La Moda*, tales como *El Iniciador, El Nacional, ¡Muera Rosas!* o *El Grito argentino*, entre otros periódicos en que colaborarían autores como los citados Echeverría, Corvalán, Alberdi o Cané, entre otros. En semejantes creaciones se evidencian rasgos tanto temáticos

como formales que, una vez más, evocan la producción periodística española de *Fígaro*.

El exilio que viven estos jóvenes autores bonaerenses, por tanto, constituye una nueva oportunidad para liberar el país de la servidumbre. El objeto, pues, no ha variado; tampoco se ha modificado el medio a través del que lograr su cometido: la literatura continúa erigiéndose como arma de combate básica contra la realidad circundante; la fuente, pues, Larra, se prolongará incluso en los artículos y obras posteriores a *La Moda*: el atormentado periodista español lega una huella en estos autores que los convertirá, hasta el fin de sus días, en fervientes soldados de un país al que aman.

Bibliografía citada

AA. VV., *Proyección del rosismo en la literatura argentina: seminario del instituto de letras*, Rosario, Universidad Nacional del Litoral, 1959.

ACEVEDO, Edberto Óscar, *La independencia de Argentina*, Madrid, MAPFRE, 1992.

ALBERDI, Juan Bautista, *Obras completas de J. B. Alberdi* (8 vols.), Buenos Aires, La Tribuna Nacional, 1886-1887; <www.cervantesvirtual.es> [consulta realizada el 5 de diciembre de 2013].

— *Escritos sobre estética y problemas de la literatura*, ed. Horacio Néstor Casal, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1964.

— *La Moda*: edición facsimilar, pról. Alberto M. Perrone, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2011.

BATTICUORE, Graciela, GALLO, Klaus y MYERS, Jorge (eds.), *Resonancias románticas: ensayos sobre historia de la cultura argentina (1820-1890)*, Buenos Aires, Eudeba, 2005.

BOCCO, Andrea, *Literatura y periodismo, 1830-1861: tensiones e interpretaciones en la conformación de la literatura argentina,* Córdoba (Argentina), Universidad Nacional de Córdoba, 2004.

DI MEGLIO, Gabriel, *¡Mueran los salvajes unitarios! La Mazorca y la política en tiempos de Rosas*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2007.

ECHEVERRÍA, Esteban, *Obras completas de D. Esteban Echeverría* (IV), Buenos Aires, Imprenta y Librería de Mayo, 1873.

— *Dogma Socialista,* Buenos Aires, La Facultad, 1915.

FANLO, Luis, «Caudillo entre caudillos: Juan Manuel de Rosas y las guerras civiles argentinas», *Revista Contratiempos*, 2 (2003), pp. 1-20; <www.elortiba.org> [consulta realizada el 10 de marzo de 2014].

GELMAN, Jorge, «Crisis y reconstrucción del orden en la campaña de Buenos Aires», *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana «Dr. Emilio Ravignani»*, 21 (2000), pp. 7-31; <www.ravignanidigital.com.ar> [consulta realizada el 22 de febrero de 2014].

LARRA, Mariano José de, *Artículos*, ed. Enrique Rubio Cremades, Madrid, Cátedra, 2001.

— *Artículos Completos*, ed. Carlos Seco Serrano, Barcelona, RBA, 2007.

MARTINO, Luis Marcelo, «Valor literario y valor social en *La Moda* (Buenos Aires, 1837-1838)», *Anuario de estudios filológicos*, 34 (2011), pp. 113-123; <www.dehesa.unex.es> [consulta realizada el 1 de diciembre de 2013].

ORIA, José A., *Alberdi* «Figarillo». Contribución al estudio de la influencia de Larra en el Río de la Plata, Buenos Aires, Coni, 1936.

PIOSSEK DE ZUCCHI, Lucía (ed.), *Alberdi*, Tucumán, Universidad Nacional del Tucumán, 1986.

ROGGIANO, Alfredo A., «Proposiciones para una revisión del Romanticismo Argentino», *Revista Iberoamericana*, 90 (1975), pp. 69-77; <www.revista-iberoamericana.pitt.edu> [consulta realizada el 5 de mayo de 2014].

RUBIO CREMADES, Enrique, «La prensa satírica madrileña en el Romanticismo», en AA. VV., *Romanticismo III: el lenguaje romántico: actas del III Congreso del Romanticismo español e hispanoamericano (12-14 de abril de 1984),* Italia, Bulzoni Editore, 1984, pp. 168-174.

— «El artículo de costumbres o "Satyraquaeridendocorrigit mores"», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo*, 70 (1994), pp. 147-167; <www.cervantesvirutal.com> [consulta realizada el 24 de enero de 2014].

— «Costumbrismo. Definición, cronología y su relación con la novela», *Siglo diecinueve*, 1 (1995), pp. 7-25; <www.cervantesvirutal.com> [consulta realizada el 24 de enero de 2014].

— *Influencias del costumbrismo romántico español en las colecciones costumbristas hispanoamericanas del siglo XIX*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2008; <www.cervantesvirtual.com> [consulta realizada el 8 de febrero de 2014].

SARMIENTO, Domingo Faustino, *Tomo I: Artículos críticos y literarios (1841-1842),* París, Berlín Hermanos editores, 1909.

SERVODIDIO, Joseph V., *Los artículos de Mariano José de Larra: una crónica de cambio social*, New York, Eliseo Torres & sons, 1976.

WEINBERG, Félix, *El Salón Literario de 1837,* Buenos Aires, Librería Hachette, 1977.

ZOLESÍ, Clara Inés, *Mi primer viaje literario: de Garcilaso a Rodó; el Renacimiento en Italia y en España (síntesis); la Prosa bucólica: su origen y evolución; Garcilaso; Santa Teresa; el Género picaresco; Poetas y prosistas del periodo clásico; la tristeza de Quevedo; poetas y prosistas del siglo XIX; el pesimismo de Larra; Sarmiento; José Enrique Rodó,* Montevideo, Editorial Fides, 1927.